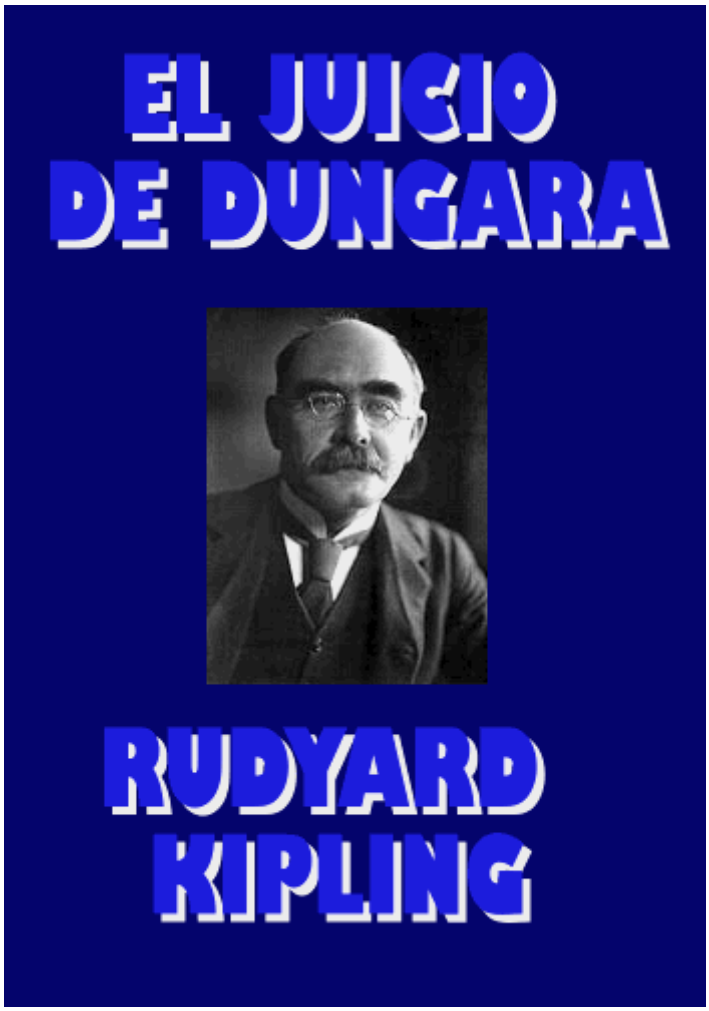
LIBRO dot.com

EL JUICIO DE DUNGARA

RUDYARD KIPLING



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Ved al pálido mártir con su túnica
convertida en llamas-Errata de imprenta.

Todavía se refiere esto en las espesuras de la .montaña de Berbulda, y para corroborar su narración, señálase lo que aún queda en pie de la misión: una casa sin techo y sin ventanas. El Gran Dios Dungara, el Dios de las Cosas tales como son, el Terrible, el de Un solo ojo, el que tiene en su poder el Colmillo del Elefante robo, el propio Dungara fue autor de todo esto. El que no crea en Dungara será destrozado por la furia de Yat, por esa misma locura que se apodero de los hijos y de las hijas de los Buria Kol cuando volvieron las espaldas a Dungara y vistieron su desnudez. Así lo dice Athon Daze, Sacerdote Supremo del Santuario y Custodio del Colmillo perteneciente al Elefante rojo. Pero si preguntáis al Subdelegado y Agente a cuyo cargo corren los Buria Kol, se reirá sin duda, no por espíritu de malevolencia contra la obra de las misiones, sino porque él mismo vio la venganza de Dungara ejecutada en los hijos espirituales del Reverendo Justo Krenk, Pastor de la Misión de Tubinga, y de Lotta, la virtuosa compañera del misionero.

Si hubo algún hombre que mereciera ser tratado afectuosamente por los Dioses, ese hombre fue sin duda el Reverendo Justo, de Heidelberg, hombre generoso que sintiéndose llamado a desempeñar una misión religiosa, se fue a la espesura de la selva llevando consigo a Lotta, la rubia de ojos azules.

-Nosotros a estos hombres oscurecidos ahora por prácticas de idolatría debemos hacer mejores-dijo Justo al comenzar su carrera.

-Sí -añadió con profunda convicción-, ellos serán buenos y con sus propias manos a trabajar aprenderán. Porque todos los buenos cristianos deben trabajar.

Y con un estipendio más modesto que el de un ayudante inglés, de esos que sin estudios teológicos leen textos sagrados a los fieles, Justo Krenk instaló su morada más allá de Kamala y de la garganta de Malair, en la margen opuesta del río Berbulda, casi al pie de la azul colina de Panth, en cuya cima se levanta el templo de Dungara. Como se ve, Krenk había ido al riñón del país de los Buria Kol, hombres desnudos, bondadosos, tímidos, desvergonzados y perezosos.

¿Conocéis la vida de una de estas misiones excéntricas? Haced un esfuerzo con la imaginación para representaros una soledad más grande que la de esas estaciones de ínfimo orden a donde os ha enviado el Gobierno; imaginad un aislamiento -que pesa sobre vuestros párpados desde que despertáis y que os acompaña en todas las tareas cotidianas: no hay oficina de correos; no hay un solo ser de vuestro color con quien hablar; no hay caminos; no hay otros alimentos que los indispensables para no morir de agotamiento, pero ninguno de los que dan gusto al paladar; no hay ser u objeto que os atraiga por su bondad, por su belleza o por su interés. Toda vuestra vida ha de estar en vosotros mismos y en la gracia divina con que hayáis sido beneficiados.

Por las mañanas los conversos, los dudosos y los recalcitrantes encaminarán sus pasos menudos y suaves a la terraza de la misión. La infinita bondad y la inagotable paciencia del misionero y, sobre todo, la perspicacia más fina, son indispensables, pues su grey tiene a la vez toda la sencillez de la infancia, toda la experiencia de la edad viril y toda la sutileza del salvajismo. Hay que atender a las cien necesidades materiales de la congregación. Pero sobre todo, el misionero deberá estar atento, según el sentido de la responsabilidad que ha contraído ante Dios, pues no le será lícito dejar perdida ninguna simiente espiritual en la muchedumbre clamorosa que le rodea. Esta atención a la vida del alma no ha de ser óbice para que el misionero cuide

Librodot

también de la salud temporal de sus ovejas, tarea tanto más difícil cuanto que las tales ovejas se creen poseedoras de secretos terapéuticos, y que por otra parte están siempre dispuestas a a reírse en las barbas del misionero que toma demasiado a lo serio las ideas del salvaje.

El día avanza, y cuando ya ha pasado el ímpetu de la acción matinal, el misionero se da cuenta de que su obra es enteramente inútil. Hay que luchar contra el desaliento, sin otro aguijón que la creencia en la bondad de la defensa del alma arrebatada a las garras del diablo. Esta es una creencia muy alta y muy reconfortante, pero tenerla sin desmayo durante veinticuatro horas consecutivas será la prueba más concluyente de fortaleza física y de inalterabilidad nerviosa.

Preguntad a los encanecidos veteranos de la Cruzada Médica de Bannockburn cuál es la vida de sus predicadores: hablad con los miembros de la Agencia Evangélica, esos delgaduchos americanos que se jactan de ir a donde no llega ningún inglés aun después de ellos; preguntadle a un Pastor de la Misión de Tubinga cuáles son sus resultados. Si os atrevéis a formular cuestiones concretas, todos esos beneméritos darán como respuesta los informes impresos que resumen sus trabajos. Pero en tales documentos no se habla de los hombres que han perdido en las misiones del desierto la juventud y el vigor, todo lo que puede perder un hombre, fuera de la fe. No dice una sola palabra de las inglesas que han muerto de fiebre en los montes del Panth y que han partido sabiendo de antemano a lo que iban. Pocos Pastores os hablarán de tales cosas, como no os hablarán de aquel joven David of St. Bees. que destinado a la obra del Señor volvió quebrantado por la más amarga desolar ni y casi con la razón perdida, gritando en la Misión Central:

-No hay Dios, pero he andado en compañía del Diablo!

Los informes callan porque el heroísmo, el fracaso, la duda, la desesperación, el sacrificio de un blanco culto. son cosas que carecen de valor comparadas con la salvación de un alma semihumana, a quien es necesario redimir de su fe fantástica en espíritus del bosque, duendecillos de las rocas y demonios de los ríos.

Y a Gallio. el Subdelegado, no le interesaba nada de eso. Había estado mucho tiempo en el Distrito. Los Buria Kol le querían y le llevaban presentes: peces cogidos con arpón, orquídeas de las más sombrías y recónditas selvas y toda la caza que pudiera desear para su mesa. El les daba en cambio quinina y se entendía con el Sumo Sacerdote Athon Dazé para satisfacer las necesidades rudimentarias de la colectividad.

-Cuando ustedes hayan vivido algún tiempo en este país -decía Gallio en la mesa de los Krenk se persuadirán de que nada significan las diferencias de credo. Yo prestaré todo mi apoyo a la Misión.

-No hay para que decirlo-, pero se debe respetar a mis Buria Kol. Son buenos y confían en mí.

-Yo a ellos la palabra del Señor enseñaré -dijo Justo, cuyo rostro circular despedía los fulgores del entusiasmo-. Y yo a sus prejuicios no atacaré sin antes seria reflexión hacer. Pero, ¡oh amigo mío!, esta en el espíritu imparcialidad de creencias igualmente consideradas es mala.

-¡Dale! -dijo Gallio-. Yo tengo a mi cargo la salud temporal de los salvajes y la paz del Distrito. A usted le toca la parte espiritual. Y arréglese como pueda. Sólo le recomiendo que se abstenga de hacer lo mismo que hizo su predecesor, pues de otro modo no le garantizo la vida.

Lotta le sirvió una taza de té, y preguntó con vivacidad.

-¿Qué fue ello?

-Creo que era un recién llegado, pues sin pensar en las consecuencias de sus cultos, entró en el templo y se permitió descargar un paraguazo en la cabeza del vejo Dungara. Los Buria Kol se indignaron y le dieron una salvaje paliza. Yo estaba en el distrito y el misionero me envió una carta: "Perseguido por la causa del Señor. Mande usted un piquete de caballería". Las tropas más próximas se hallaban a más de ciento cincuenta kilómetros. Pero no se necesitaba de la fuerza armada. Fuí personalmente a Panth y hablé con Athon Dazé. Le dije paternalmente que el como hombre de gran penetración y sabiduría, debió haber advertido a tiempo que el Sahib era un pobre loco trastornado del cerebro a causa de una insolación. Jamás habrá visto usted pueblo más consternado y arrepentido. Athon Dazé dio todo genero de satisfacciones, y envió una buena provisión de aves, leche y otros muchos productos de los que más abundan en esta montaña. Yo dejé un donativo de cinco runas para el santuario, y le dije a Macnamara que había sido muy imprudente. El me reprochó mis reverencias en un templo pagano. Si trasponiendo la cresta de la colina hubiera insultado a Pain Deo, el ídolo de los Buria Kol, se le habría empalado en un bambú ardiente antes que yo pudiera acudir en su auxilio, y después me habría visto obligado a colgar algunos de aquellos pobres brutosi Sea usted bondadoso con ellos, pero desde ahora le digo que no adelantará gran cosa.

-No yo -contestó Justo-, sino mi maestro. Nosotros con los niños comenzaremos. Algunos de ellos enfermos estarán. Después de los niños las madres vendrán. Y por último los hombres. Pero yo que usted en interna simpatía con nosotros fuera. preferiría.

Gallio tuyo que partir. Andaba ocupado en reparar los puentes de bambú, lo que hizo con peligro de su vida, y tuyo que pensar también por aquellos días en dar caza a dos tigres merodeadores. Le preocupaba. por último, seguir la huella a algunos cuatreros del Surja Kol une robaban a sus hermanos los del clan de Buria. Gallio pasaba el día a caballo y dormía por las noches entre los malsanos vapores de la selva. Era un hombre sin imaginación, positivo, desprovisto del sentimiento reverencia) y del instinto de la fe, y muy dado al ejercicio del poder absoluto con gran satisfacción de los habitantes de su poco envidiable Distrito.

-Nadie quisiera estar en mi lugar -decía frecuentemente con expresión de profunda contrariedad-, y mi jefe sólo asoma por acá la punta de la nariz cuando sabe de positivo que no hay fiebre. Esta circunstancia hace de mí un verdadero monarca, y mi virrey es Athon Dazé.

Gallio se jactaba de un supremo desdén por la vida humana y. sin embargo, fue capaz de caminar cuarenta kilómetros con una criaturita de tez cobriza en los brazos para llevarla a la Misión.

-Padre, aquí le traigo este regalo. Ya sabe usted que los de Kol dejan morir su población infantil supernumeraria. Yo no la censuro. Pero tenga usted esta chiquilla y edúquela. Casualmente la encontré en la encrucijada de Berbulda. Y creo que la madre viene siguiéndome.

-Es la primera oveja del aprisco -dijo Justo.

Lotta tomó en sus brazos a la pequeñuela y empezó a arrullarla con gran maestría. La madre, entretanto, que siguiendo la ley de su tribu había expuesto a la criaturita para que muriera, se arrastraba frente a la Misión, en la espesura del juncal, mirando hacia el interior con los ávidos ojos del amor materno. Había corrido por el bosque en pos del Subdelegado y llegó a la Misión agotada por la fatiga y con los pies destrozados por las zarzas y espinos. ¿Qué propósitos tenía el omnipotente Subdelegado? El hombrecillo de vestido negro que vivía en aquella casa iba, por

ventura, a comerse viva la tierna carne de su hijita? Athon Dazé contaba que todos los hombres blancos vestidos de negro se alimentan de carne humana.

Matui pasó una larga noche de vigilia en la espesura del bambú, y al amanecer vio que salía de la casa una mujer blanca, de una blancura tal que ella no había visto jamás. Esa mujer llevaba en brazos a la hija de Matui envuelta en vestidos de una limpieza inmaculada. Lotta no conocía el idioma de los Buria Kol, pero el lenguaje de una madre es igual al de todas las madres. Lotta vio que unas manos la asían por la orla del vestido, oyó unos apasionados sonidos guturales, y no necesitó más para saber con quien estaba. Matuí tomó en brazos a su hija. Sería criada, esclava de aquella maravillosa mujer blanca. La tribu de Matui repudiaría a la madre que recogía a su hija en tales condiciones. Lotta y Matui lloraron; la una como Buria Kol, y la otra a la manera germánica, que incluye cierto estrépito nasal.

Justo, el Hombre de la Esperanza, dijo:

-Primero la niña, después la madre; vendrá el padre, y vendrán todos, para gloria de Dios. Amén.

Vino el padre, en efecto; pero vino con arco y flechas, muy irritado, porque no tenía quien le preparara la comida.

¿Vamos a contar toda la historia de la Misión? Faltaría espacio; porque es muy larga, y tendríamos que decir cómo fue extraño Justo al ejemplo de su imprudente predecesor. Lo primero que hizo el misionero fue dar una buena paliza a Moto, el marido de Matui, para castigar la brutalidad de ese hombre. Moto quedó atónito al principio, pero repuesto del temor de una muerte instantánea, se reanimó y quedó adscripto como el más fiel aliado y el primer catecúmeno de Justo. Poco a poco fue creciendo la grey con gran desagrado de Athon Daze. El sacerdote del Dios de las Cosas tales como son iba quedando en condiciones desventajosas respecto del Sacerdote que sirve al Dios de las Cosas tales como deberían ser. La miel, las aves y los peces empezaron a escasear en el Templo de Dungara. Esto fue debido en parte a que Lotta se ingeniaba por aligerar el peso de la maldición pronunciada por Jehová contra Eva. Por su parte, y como una compensación, Justo apretó en el capítulo de la maldición pronunciada por Jehová contra nuestro primer antepasado. Esto encendió el fuego de la rebelión en el pecho de los hombres de Buria Kol, pues sostenían que su Dios era perezoso por naturaleza. Justo logró vencer en parte los escrúpulos religiosos de los Buria Kol en lo relativo al trabajo, y les enseñó que la madre y negra tierra puede producir algo más que bellotas.

Los acontecimientos presumidos se desarrollaron en el transcurso de muchos meses; el viejo Athon Daze no cesaba de meditar su venganza por el olvido en que la tribu tenía a Dungara. Con salvaje doblez fingió hacerse amigo de Justo, y aun hizo insinuaciones sobre su probable conversión. Entretanto, decía en el seno de la congregación:

-Los de la grey del Padre se han vestido y adoran a un Dios que trabaja. Dungara los castigará gravemente si no se arrojan a las aguas del Berbulda, arrepentidos y aullando.

Por las noches, el Colmillo del Elefante rojo daba gemidos en las colinas, y los fieles se levantaban diciendo:

-El Dios de las Cosas tales corno son medita una venganza contra los que han abjurado. Ten clemencia, Dungara, pues somos tus hijos. Y danos todas las cosechas de los que han sembrado bajo las inspiraciones del otro Dios.

El delegado y su mujer fueron al país de los Buria Kol cuando empezó a bajar el termómetro.

-Visite usted la Misión de Krenk -dijo Gallio-. Creo que está realizando una obra útil a su manera. Ha construido una capilla de bambú y le sería grato que usted la inaugurase. Como quiera que sea, verá usted allí un Buria Kol civilizado.

Hubo mucho movimiento en la Misión.

-Ahora él y su muy graciosa mujer, que buena obra hemos hecho, con sus propios ojos podrán ver. Y delante de ambos, nuestros conversos con las ropas por sus propias manos hechas serán presentados. Un gran día vendrá, por la Gloria de Dios.

Y Lotta dijo:

-Amén.

Dentro de su mansedumbre, Krenk estaba celoso de la Misión de Tejedores, pues sus conversos no tenían las mismas habilidades, pero Athon Dazé los había inducido en los últimos tiempos a beneficiar la fibra lustrosa y sedeña de una planta que se producía espontáneamente en las colinas de Panth con mucha profusión. Podía hacerse con esa fibra una tela blanca y suave, casi igual a la tappa de los mares del Sur, y los conversos iban por primera vez en aquel día a vestir trajes de la nueva tela. Justo estaba orgulloso de su obra.

-Ellos de trajes blancos vestidos, al Delegado y a su señora de buena cuna saludarán cantando el himno Gracias demos a Dios. Después la capilla será abierta, y hasta Gallio a creer comenzará. Así hijos míos, de dos en dos; y tú,. Lotta, dime, ,por qué estas gentes se dan arańos? No es bueno con el prójimo reñir, Nala, y el Delegado al venir tendrá pena.

El Delegado y su mujer y Gallio traspusieron la cuesta y llegaron a la Misión. Los conversos estaban en dos filas, formando un brillante ejercito que casi llegaba a cuarenta personas.

-¡Bien! -dijo el Delegado, cuyo espíritu de dominación lo llevaba a creer que a él se debía toda la obra desde sus cimientos y fundación-. Ya veo que se avanza, rápidamente.

¡Jamás se ha dicho una verdad más grande! La Misión, en efecto, avanzaba. Primero dio saltos muy ligeros y menudos; después comenzó a desordenarse haciendo contorsiones apenas contenidas por las vergüenza, y acabó finalmente emprendiendo la carrera vertiginosa de los caballos martirizados por los tábanos, o de los canguros con rabia. En lo alto de la colina se oía el fragor producido por el Colmillo del Elefante rojo, que sonaba seca y angustiosamente.

Justo y Lotta, inmovilzados por el terror, vieron desaparecer en un instante a todos los fieles diseminados en la espesura y dando alaridos de dolor agudísimo.

Una voz gritó:

-¡Es el juicio de Dungara!

Otra:

-¡Me quemo! ¡Me quemo!

Y una tercera

-¡Al río!

Los conversos se precipitaban por los riscos que avanzan sobre el Barbulda arrancándose los vestidos como podían, destrozándolos y arrojándolos a uno y otro lado. La trompeta de Dungara los perseguía con los acentos de una maldición.

Justo y Lotta, inundados de lágrimas, acudieron al sitio en que estaba el Delegado.

-¡Yo no puedo entender! -dijo el Misionero-. Ayer los Diez Mandamientos repitieron. ¿Qué es esto? Al Señor los buenos espíritus de la tierra y del mar alaben. ¡Oh vergüenza! ¡Nala!

Sobre un acantilado frontero estaba Nala, doncella de catorce veranos que había

sido la joya y orgullo de la Misión por dócil y virtuosa. ¿Quién la reconocía en aquella hembra desnuda como la aurora y furiosa como un gato montés?

-¡Por esto dejé mi pueblo y el santuario de Dungara! -gritaba la doncella agitando en el aire las faldas que se había quitado-. Mono tuerto, lombriz, pescado seco, tú me decías que nunca se consumirían las llamas. ¡Me quemo, Dungara! ¡Me quemo, Dungara! ¡Piedad, oh Dios de las Cosas tales como son!

Dió media vuelta y huyó también hacia el Barbuida, en tanto que la trompeta de Dungara tocaba una marcha triunfal. La última de las ovejas de la Misión de Tubinga estaba ya a doscientos metros de los venerables maestros en teología que habían abierto su alma a los esplendores de la fe.

-¡Ayer, ayer mismo decía el A. B. C. ! -gimoteaba Justo-. ¡Yo veo aquí la obra de Satán!

Pero Gallio veía, entretanto, las enaguas de la doncella, que habían caído a sus pies. Después de examinar la textura de la tela, se aplicó ésta a un brazo, alzándose la manga de la camisa, e hizo presión. Separando la tela, vio que en la piel le había quedado una mancha roja.

-Ya lo suponía -dijo Gallio con calma.

-¿Qué es eso? -preguntó Justo.

-Yo le llamaría la túnica de Neso, pero... ¿De dónde hubo usted esta fibra para la tela?

-Athon Dazé -contestó Justo-. El a fabricarla enseñó.

-¡Viejo zorro! ¿Sabe usted que le ha dado la Ortiga Escorpión de Nilgiri, o sea la Girardenia heterophyla? ¡A quién le extraña que brincaran y salieran como disparadas! Para hacer cuerdas de puentes con esta planta hay que ponerla a remojar durante mes y medio. ¡Es listo el tal Athon Dazé! En media hora la ortiga traspasó la piel de elefante que tienen éstos, y entonces ...

Gallio dejó escapar una carcajada. Lotta sollozaba entre los brazos de la esposa del Delegado. Justo tenía la cara cubierta con ambas manos.

-¡Girardenia heterophyla! -repitió Gallio..¿Cómo no me lo dijo usted, Krenk? Yo podía haber evitado esto. ¡Es fuego tejido! Todo el mundo lo sabe, excepto los desnudos Buria Kol. Yo los conozco, y puedo asegurarle a usted que no volverá uno sólo.

Se asomó desde una altura para ver lo que hacían, y los encontró revolcándose en el cieno de una vega y dando alaridos de rabia. Gallio dejó de reír, pues comprendió que la Misión de Tubinga había dejado de existir para los Buria Kol.

Justo y Lotta los vieron durante más de tres meses rondar hoscos y sombríos por las inmediaciones de la desierta escuela. Ni los más dóciles y aplicados quisieron volver. ¡No! La obra de la conversión quedo definitivamente paralizada por el Fuego del Lugar Maldito, como llamaron a la Misión. Ese fuego les lacero las carnes y les penetró hasta los huesos. ¿Quien desafía por segunda vez la cólera de Dungara? Ya pueden abandonar aquel sitio el hombrecillo y su mujer. Los Buria Kol no llorarán por ellos. La vida de Justo y de su mujer Lotta estaba segura, es verdad, pues Gallio hizo saber extraoficialmente a Athon Dazé que si les tocaba un cabello, todos los sacerdotes de Dungara serían colgados por el Subdelegado en el templo de la Divinidad. Las flechas envenenadas de los salvajes no votaron, pues, hacia la casa de la Misión. Pero tampoco llegaron a ella las ofrendas de aves, miel y sal. Krenk y Lotta no volvieron a ver en su puerta un lechoncillo. ¡Ay! El hombre no puede vivir sólo de la gracia si carece de pan.

-Vámonos de aquí, Lotta -dijo Justo-. El Señor ha querido que otro hombre el

trabajo de la salvación inicie a su debido tiempo. Partiremos, y yo de Botánica haré estudios.

Si alguien quiere emprender la obra de la conversión de los Buria Kol, puede aprovechar los muros de la casa que, está todavía en la colina de Panth.

Pero hace mucho tiempo que la capilla y la escuela han sido invadidas por la espesura de la selva.